



Pablo De Santis

La cabalgata de las valquirias





Seix Barral

Pablo De Santis
La cabalgata de
las valquirias

UNO

Soy policía, porque mi padre era policía. Por falta de imaginación, me acomodé al destino prefijado. Cuando estaba en quinto grado de la escuela, mi padre, el comisario Abel Nebra, mató al cabecilla de una banda de asaltantes de bancos, hazaña que lo convirtió en una leyenda viva en la institución. El hombre había asesinado a un policía y a un subgerente del banco y era el fugitivo más buscado de la provincia. Era difícil reconocerlo porque solo había una foto borrosa y con unos bigotes que ya no usaba. Los otros tres integrantes de la banda estaban presos, pero el jefe seguía recorriendo los caminos del sur, a la espera de que la presión policial aflojara y así poder llegar a Buenos Aires. Durante una semana mi padre revisó con paciencia los hoteles de la ruta, siempre poblados de viajantes de comercio. Un martes a la mañana, bien temprano, entró al hotel El Descanso, y fue directo al saloncito donde seis viajantes tomaban su café con leche. Sobre las sillas, sus maletines con muestras y catálogos. Todos estaban recién afeitados, y llevaban corbata y revisaban en sus libretas las listas de clientes y los itinerarios por cumplir. Mi padre reconoció de inmediato al hombre buscado. ¿Cómo se

dio cuenta de que era él? Aunque sabía la respuesta, yo le preguntaba siempre lo mismo, porque de niños amamos las repeticiones. Mi padre respondía:

—Los viajantes solían usar unos maletines negros, marca Lancaster, y él se compró uno igual para pasar desapercibido. Pero con tantos viajes, los maletines de los viajantes siempre estaban ajados, gastados. El suyo estaba reluciente. El destino está en los detalles.

Y mi padre desenfundó antes de que el otro tuviera tiempo de disparar y le encajó un tiro en el pecho. A mí me parecía que el tiroteo no era tan dramático y heroico como el instante en el que mi padre había descubierto la verdad.

Abel Nebra nunca dejó de ponderar los duros y viejos tiempos, como si luego los asesinatos no se hubieran multiplicado por tres. Vio con buenos ojos que me convirtiera en oficial de policía, pero sospechó de mi insistencia por sumar el estudio del Derecho. El mundo policial era para él un orden de valores absolutos, mientras que el Derecho era el reino del relativismo, que mi padre resumía en el dicho: como te digo una cosa te digo la otra. Yo confiaba en que mis estudios acabarían por permitirme ocupar un escritorio, lejos del trabajo de la calle. Aspiraba a ese premio tan módico y que nunca se consigue: que a uno lo dejen en paz.

Pero siempre que había un caso que ofrecía cierta dificultad en algún rincón de la provincia me enviaban a mí, o a alguno de los otros tres oficiales de mi división, como un apoyo a los policías locales, que veían nuestra presencia no como una ayuda sino como intromisión y castigo. Así como otros se habitúan a la camaradería y a

la complicidad, yo me acostumbré al resentimiento, a los comentarios socarrones a mis espaldas, a que me tendieran una mano floja mientras desviaban la mirada. Una serie de desenlaces afortunados me hizo ascender en la institución, sin que eso significara algún logro ante los ojos de mi padre, que siempre me consideraría un espécimen de escritorio, porque nunca le había disparado a nadie, porque no tenía una sola muerte en mi hoja de servicio. «El club»: así llamaba mi padre al círculo de los que habían matado, y no importaba si lo habían hecho por necesidad, vileza o impericia.

El primer recuerdo que tengo de los crímenes de Bosque Blanco fue una noticia en el periódico: había desaparecido un hombre en esa pequeña ciudad, a más de cuatrocientos kilómetros de la capital de la provincia. Yo nunca había estado en Bosque Blanco. Mi sueldo no alcanzaba para vacaciones en la nieve: el hotel, la aerosilla, el alquiler de los esquís y las botas, las clases de esquí. Además, me agotaba la idea de vigilar a mis hijos en la montaña, procurando que no se despeñaran en algún precipicio. El desaparecido era Rafael Alescu, setenta años, jubilado, casado, problemas cardíacos, diestro en negocios inmobiliarios y aficionado a la caza, aunque para entonces —según supe después— la había abandonado. Había salido muy temprano de su casa para hacer un paseo habitual por los alrededores de la ciudad y no se había vuelto a saber de él. El caso trastornó por completo la vida en Bosque Blanco, o lo poco de vida que le había quedado al lugar después de la erupción del volcán, y la consiguiente nube de ceniza, y los afiches con su cara decoraban los postes de electricidad y las vidrieras de los negocios. Se pensó que se había per-

dido en el bosque, y que la noche fría había acabado con él. La cantidad de escaladores y excursionistas perdidos es escalofriante, y muy a menudo algún andinista que decide probar con una nueva ruta encuentra un cadáver de alguien que desapareció treinta años antes, y la noticia sale en los diarios, y se empieza a decir que estaba intacto, igualito a las fotografías, como si los años de intemperie pudieran dejar sin cambios un rostro. Pero el caso de Alescu era distinto: nadie pensaba que se le hubiera ocurrido aventurarse más allá del bosque que rodea a la ciudad.

Durante tres días buscaron a Alescu, con policías, gendarmes, perros y voluntarios; al cuarto, mi jefe, Carlic, me llamó para que fuera a su oficina, que olía a cigarrillo y a café quemado. Nuestra división ocupa un tercer piso en un edificio que perteneció al Correo, antes de que las cartas desaparecieran del mundo. Por eso los colegas llaman a nuestra división, con alguna ironía y algún resentimiento, la Oficina de Correos. Además de mi jefe, Carlic, éramos tres los oficiales de la división: Lamarque, la única mujer, alta, esquiva y silenciosa; Gálvez, que entraba y salía de tratamiento médico, y que pronto pasaría a retiro, y Souza, en quien convivían, irreconciliables, la juventud y un aire de cansancio, como si la vida lo hubiera vencido antes de empezar la batalla.

Desde que había cambiado a su esposa y madre de sus tres hijos por la nueva señora Carlic, que enseñaba *coaching* existencial, sea lo que sea que eso signifique, mi jefe alternaba el cigarrillo con los ejercicios de respiración. El escritorio era una montaña de papeles a la espera de ser devueltos al archivo. Carlic estaba sentado en su silla, mirando la pared gris: había diplomas y fotografías

de viejos camaradas y notas periodísticas sobre triunfos policiales, y un cuadro del general San Martín, en Boulogne-sur-Mer. Carlic tardó unos segundos en abandonar su ensoñación o sus ejercicios de respiración y me miró con alguna sorpresa, como si no supiera qué estaba haciendo yo ahí. Me tendió una carpeta de cartón amarillo manchada con círculos de tazas de café.

—Nebra, meta algo de ropa en un bolso y salga para Bosque Blanco.

—¿Novedades?

—Apareció.

Alescu había aparecido. No hacía falta que dijera que había aparecido muerto, porque no eran nunca las buenas noticias las que me impulsaban a viajar.

—El cuerpo está en camino para acá. Se va a cruzar con la ambulancia en la ruta.

—¿Cómo lo mataron?

—Me dicen que lo golpearon en la cabeza. Mañana temprano le hacen la autopsia. Vaya rápido y encuentre al culpable antes de que lo encuentre Valeri.

Había oído hablar de Gabriel Valeri, que estaba a cargo de la seccional de Bosque Blanco, en todos los tonos posibles en que se puede hablar de un policía: su nombre pronunciado con orgullo, con vergüenza, con amargura. Pero lo más común es que se mencionara su nombre entre signos de interrogación, como si uno no recordara bien de quién se trataba. Mi padre, en cambio, siempre hablaba de Valeri con énfasis, decía que era el único policía verdadero que tenía la provincia.

Carlic apartó un segundo la vista de la pared para mirarme:

—A Valeri están a punto de darle la extremaunción. Apenas la fiscal Planas, de Bariloche, lo acuse de homicidio, lo suspendemos. Y no queremos suspender a alguien coronado de laureles por haber encontrado al asesino. ¿Me entiende, Nebra?

El subcomisario Gabriel Valeri, de pasado heroico, presente gris y futuro negro, había sido enviado a Bosque Blanco como a una especie de destierro que le impidiera meterse en problemas hasta que llegara el momento de su retiro. Pero los problemas son tenaces y terminaron por encontrarlo. Se había endeudado con gente de Bariloche, y, según se decía, después de insistentes llamados habían enviado a dos hombres a cobrarle. Uno era un sargento exonerado de la fuerza, el otro un adicto muy joven y con causas menores. Los encontraron en un camino solitario, cubiertos de ceniza. La camioneta apareció a kilómetros de distancia. Cerca de los cadáveres, un caballo muerto, atropellado por algún camión, daba a la escena un aire de pesadilla.

—¿Por qué se ha demorado tanto la acusación contra Valeri? —pregunté.

—Porque es un policía competente. Sabe borrar sus huellas.

—Si hubiera sido un poco más competente los habría matado antes del límite provincial.

—¿Para que lo ayudaran sus antiguos méritos? ¿Algún juez amigo? Son dos muertos. Es demasiado. Valeri está perdido, e igual habría estado perdido si hubieran encontrado a los muertos de este lado del límite.

—¿Voy solo?

—Sí. Souza está haciendo un curso en Buenos Aires, a Lamarque la mandé al sur de la provincia, para ver qué

pasó con ese minero muerto, y Gálvez tiene parte de enfermo. Hay una única fiscalía en Bosque Blanco, una Unidad Fiscal Única, como la llaman ahora. Son solo cinco personas y están desbordados, así que le dejarán las manos libres. Hay un fiscal adjunto, un tal —miró un nombre anotado en un papel— Sirio... al que trasladaron ahí contra su voluntad. La fiscal jefe se está por jubilar y está de vacaciones. En Grecia, me dijeron.

—Avisé que voy.

—Ya avisé, hasta tiene reservado un cuarto en el Hotel Olsen. Los hijos de puta no tienen un solo turista pero mantienen los precios como en temporada alta. Pase por la administración así arregla los viáticos. No le van a transferir todo, pero al menos le alcanzará para un par de días. Después vemos lo demás.

—¿Por cuánto tiempo voy?

—Hasta que se solucione.

—¿La investigación por el crimen?

—El asunto de Valeri.

—¿Para qué me envía? ¿Para que encuentre al culpable o para que no lo encuentre Valeri?

—Apúrese a hacer el equipaje, Nebra. No se olvide el gorro y la bufanda.

Cuando llegué a casa no había nadie. Los chicos estaban en la escuela, uno en jardín y el otro en primer grado, y mi mujer en la inmobiliaria donde trabajaba. Me senté en el comedor diario y le di una leída ligera al informe preliminar: un chileno, de apellido Matus, había encontrado el cuerpo. Se ocupaba del mantenimiento del hotel, y lo visitaba cada semana. Apenas dio unos pasos por el jardín de ceniza, Matus dio con el cadáver de Alescu,

al pie de la estatua de un ciervo. ¿Cuántas veces había leído informes semejantes? A veces funcionaban como una profecía, y la verdad del caso estaba cifrada en algún párrafo confuso, que luego había que iluminar. Otras veces, la investigación consistía en una lenta corrección, hasta llenar todo de acotaciones y tachaduras, y la verdad se alcanzaba cuando el informe quedaba anulado por completo.

Me hice un sándwich de atún y tomate para el camino y saqué una botellita de agua del freezer. Bajé de lo alto del ropero un bolso color acero. Era viejo y tenía roto uno de los cierres, pero me gustaba, por cábala, usar el bolso de siempre. Metí algo de ropa; deliberadamente puse lo mínimo indispensable, para que sirviera de auspicio para un pronto regreso. Temía que, de ser muy previsor, eso convenciera al destino de prolongar mi estadía. Dejé el bolso en el asiento trasero. Unos días atrás había pasado la silla de seguridad del menor al auto de mi mujer, pero habían quedado señales de los chicos: un Batman al que le faltaba un brazo y un Buzz Lightyear, además de papeles de golosinas y galletitas aplastadas.